I Trimestre de 2010
"El fruto del Espíritu"

Lección 4
(23 de Enero de 2010)

El fruto del Espíritu es paz

Pr. Emilson dos Reis

La tercera virtud que el Espíritu de dios produce en la vida del creyente es la paz, algo muy anhelado por los hombres.

La paz que Jesús poseía

El Señor Jesús poseía esa paz. Los fariseos no estaban demasiado entusiasmados con su ministerio. Aún así, en su conflicto con ellos, El poseía la libertad y la convicción como para decirles: "Porque el que me envió está conmigo. El Padre no me ha dejado solo, porque hago siempre lo que a El agrada" (Juan 8:29). En vísperas de su muerte, reunido con sus discípulos, Él les dijo: "Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción. Pero tened buen ánimo, yo he vencido al mundo" (Juan 16:33). "El Señor Jesús nunca estuvo preso de la opinión de los hombres con respecto a Él. Aunque le interesaba lo que pensaban acerca de Él, debido a que sabía que el destino eterno de ellos dependía de eso, sus acciones nunca eran calculadas para ganar la aprobación humana. La voluntad del Padre era siempre lo más importante. Si el Padre estaba satisfecho, el Hijo también lo estaba. Por eso se sintió tan feliz tanto al lavarle los pies a los discípulos como al predicar el Sermón del Monte". [1]

La paz que viene de Dios

Dentro de las muchas enseñanzas de Jesús, una de las más conocidas es la que encontramos en Mateo 11:28-30. Allí leemos: "Venida a mí todos los que estás fatigados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso. Porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga". Jesús no le hizo esta invitación a personas buenas y obedientes, sino a aquellos que son pecadores, que están "fatigados y cargados". No podemos ser buenos sin Cristo. Debemos ir a Él tal como estemos, sin importar cuántos ni cuáles sean nuestros pecados, que Él nos transformará. La promesa es: "Venid a mí… y hallaréis descanso". Cuando vamos a Él tal como estamos, aceptamos su yugo, esto es, su voluntad para nuestra vida, y estamos dispuestos a caminar diariamente con Él, aprendiendo de Él, entonces tendremos descanso, o sea, la paz que Él quiere darnos.

Escribiéndoles a los cristianos de Filipos, el apóstol Pablo aconsejó: "Por nada estéis afanosos, sino presentad vuestros pedidos a Dios en oración, ruego y acción de gracias. Y la paz de Dios, que supera todo entendimiento, guardará vuestro corazón y

---

1 Erwin Lutzer, *De pastor para pastor: respostas concretas para os problemas e desafios do ministério* (San Pablo: Vida, 2000), pp. 21-22.

vuestros pensamientos en Cristo Jesús" (Filipenses 4:6, 7). El no dice que no importa cuál sea nuestro problema, somos invitados a presentárselo al Señor; y en lugar de quedarnos preocupados, debemos orar. Es interesante notar que Pablo no sólo enseñaba esto, sino que lo vivía. Aproximadamente once años antes de escribir estas palabras, había estado por primera vez en Filipos, en la misma ciudad a la que destinó las palabras de la carta mencionada. Allí, acompañado por Silas, permaneció algunos días. El relato menciona la conversión de apenas una familiar, la de Lidia, pero además, el hecho de que la multitud se volvió en contra de ellos, que fueron detenidos por las autoridades, que recibieron muchos azotes con varas y que terminaron presos con los pies en el cepo. ¡Imagina su situación! El trabajo, según las apariencias, no estaba yendo nada bien. Allí estaban rodeados de criminales. Tal vez tenían hambre y frío. Su cuerpo, ensangrentado y dolorido, en una posición absolutamente incómoda. A ningún ser humano parecía importarles todo esto, no había nadie que los consolara o animara. Pero aún así, a medianoche, ellos cantaron alabanzas a Dios. Mientras todo a su alrededor parecía oscuro y desesperante, en lo íntimo de sus corazones había paz, la paz que excede todo entendimiento (ver Hechos 16:11-40). Este episodio constituye una valiosa ilustración acerca de la paz que Dios ofrece y de la diferencia que hay entre esa Paz y la paz que hay en el mundo (Juan 14:27). Aquellos que no son convertidos también pueden tener momentos de paz. Pero esa paz depende de las circunstancias de la vida. Cuando la vida parece estar encaminada, tienen paz; pero si surge un contratiempo, esa paz desaparece. Sin embargo, la paz que Dios nos da es diferente. No depende de lo que pase a nuestro alrededor. Es sobrenatural, un don de Dios concedido a aquél que cree. No significa la ausencia de dificultades y problemas, sino un estado del espíritu que descansa en Dios, aún en medio de las turbulencias de la vida.

Pablo dice lo que nos va a suceder si aprendemos a llevar todo a Dios en oración y si eso se vuelve una actitud constante en nuestra vida. El no declara que recibiremos lo que pedimos, sino que tendremos algo mejor porque es la paz lo que más anhelamos. Esa paz, que viene de Dios a través de Cristo Jesús, es la que excede todo entendimiento, y es la que guardará nuestro corazón y mente.

Ladrones de la paz

Hay algunas actitudes y procedimientos que roban nuestra paz. Debemos velar para que ninguna de ellas ocupe un lugar en nuestra vida. Examinemos algunas de ellas:

La envidia. Una de las principales actitudes que pueden robarnos la paz es la envidia de otros, incluso de nuestros hermanos en Cristo. La envidia destruye la fe (Juan 5:44). Con los ojos puestos los unos en los otros, no logramos mirar a Dios. La envidia produce aislamiento.[2] "Es una rebelión contra la dirección providencial de Dios en la vida de sus hijos. Una persona envidiosa está diciendo que Dios no tiene derecho de bendecir a alguien más que a ella misma". [3] En contrapartida, "no se puede destruir a un hombre que se alegra con el éxito de los demás. Tiene una perspectiva correcta de sí mismo y de Dios. Puede alegrarse en los más exitosos". [4]

---

[2] *Ibid*., p. 73.
[3] *Ibid*., p. 74.
[4] *Ibid*., p. 76.

Las Escrituras enseñan que la iglesia es el cuerpo de Cristo y que –individualmente– somos miembros de ese cuerpo. Y los miembros del cuerpo tienen tamaño, forma y funciones diferentes, así también sucede entre nosotros. Uno es boca, el otro oído, aquél es un ojo, el de allá es un pie, éste mano, etc. Aquello que alguien hace, no lo puede hacer el otro. El pie no puede escuchar, la mano no puede ver, el oído no puede masticar, y el ojo no puede caminar.

Algunos miembros del cuerpo, por su propia ubicación, función y apariencia, son más vistos que otros. Llaman más la atención. Por eso, los ojos azules, los labios sonrientes, los hoyuelos en el rostro, y el cabello bien cuidado se destacan, mientras que el codo y la menor de las falanges del pie izquierdo no si notan. Lo mismo ocurre con los miembros de la iglesia. Mientras algunos están siempre en evidencia, otros pasan desapercibidos. Pero el éxito de ella depende de los dones, ministerios y grados de poder con los que el Señor nos ha dotado. Eso no debería incomodarnos, porque no es algo que nos competa a nosotros. “Dios ha colocado a cada miembro en el cuerpo como Él quiso” (1 Corintios 12:18). Nuestro cargo o función en el cuerpo de Cristo no dependen de nuestra elección. Dios las estableció así, porque a Él le plugo. Aceptemos eso como un hecho. No tiene sentido que la mano envidie al oído porque éste puede escuchar; ni al pie envidiar al ojo por no poder ver.

En lugar de ansiar desempeñar alguna función para la cual no hemos sido calificados, usemos de la mejor manera el don que hemos recibido, recordando asimismo que aún aquellos que poseen los mejores dones pueden hacerlo todo, y que por ello necesitan de nuestra ayuda. Que haya cooperación de modo que los miembros trabajan lado a lado, combinando los dones de unos con los dones de otros, para cumplir con la obra.

Manía por el éxito. Otro elemento nocivo para la paz es la manía por el éxito persona, basada en los patrones del mundo. La Biblia nos enseña que Dios y su obra tendrán un éxito atronador. También enseña que todos sus siervos tendrán éxito en las batallas espirituales pero no, necesariamente, en sus profesiones o tareas individuales. En resumen, “aunque podamos fracasar de muchas maneras, estamos involucrados en un proyecto que es la más alta prioridad de Dios, y el éxito final es inevitable”. [5] Hay, por lo menos, dos clases de fracasos: 1) el fracaso a los ojos de los hombres. Esto es lo que hiere nuestro yo. Pero “es posible fracasar a los ojos humanos y tener éxito a los ojos de Dios”. Hubo grandes profetas, tales como Isaías y Jeremías, que fueron grandes fracasos, si analizamos únicamente los resultados que cosecharon en vida. La grandeza de su obra sólo fue reconocida mucho después. 2) En segundo lugar, podemos tener éxito a los ojos de los hombres, y ser un fracaso ante los ojos de Dios. [6] El Señor no te ha llamado a ti para que tengas éxito según los patrones del mundo. El te ha llamado para que seas fiel. Sabe todo acerca de ti y lo que Él piensa es lo que realmente cuenta. Fue Isaías, un fracasado según los patrones de evaluación del mundo, quien escribió: “Tú guardarás en completa paz al que persevera pensando en ti, porque en ti confía” (Isaías 26:3).

El temor. Se trata de una inquietud, un recelo de que algo mal nos acontezca a nosotros o a alguien que amamos. El miedo es universal. Todos lo poseen, en mayor o menor grado. De la lectura de la Biblia podemos concluir que el miedo no existía antes de

---

[5] *Ibid*., p. 159.
[6] *Ibid*., p. 138.

la entrada del pecado en nuestro mundo y que, cuando Dios restaure todas las cosas, ya no existirá más. Es una de las muchas consecuencias que el pecado nos acarreó. El temor, frecuentemente, es negativo y pernicioso y se presenta con muchas facetas: ansiedad, dudas, timidez, indecisión, superstición, retraimiento, soledad, hostilidad excesiva, inferioridad, cobardía, sospecha, vacilación, depresión, [7] todas ellas actitudes que atentan contra la paz. Observando el comportamiento humano, podemos notar que frecuentemente las personas tienen miedo no sólo de lo presente, sino también de lo pasado o de lo futuro. El miedo del pasado muchas veces se relaciona con los pecados cometidos. Algún pecado del pasado está constantemente invadiendo el presente del individuo, martirizándolo con la culpa, el remordimiento y la vergüenza y –por consiguiente– existe el temor a ser descubierto, recordado, castigado o de no ser perdonado.

Cierto hombre buscó a su pastor y le abrió el corazón contándole acerca de un grave pecado que había cometido hacía muchos años y que todavía lo atormentaba. El pastor le preguntó si él le había confesado a Dios y solicitado su perdón, a lo que el hombre respondió: “Ya lo he hecho mil veces”. El pastor entonces le dijo: “Hermano, deberías haber confesado tu pecado y pedido perdón una vez, y ser agradecido por ese perdón novecientas y noventa y nueve veces”. [8] Este hombre no había recibido el perdón. Tan cierto era esto que todavía permanecía angustiado. La paz con Dios, que es el fruto del perdón, todavía no le pertenecía (Romanos 5:1). Pero, ¿por qué no había sido perdonado si había pedido perdón mil veces? ¿Qué había ocurrido? En verdad, el había confesado el pecado, pedido perdón, y Dios se lo había concedido, pero el hombre no se había apropiado de él. Le faltó fe, aquella fe que es como una mano extendida que se apodera de lo que Dios ofrece. La mano de Dios está extendida ofreciendo su perdón, pero nosotros necesitamos extender la mano y tomarla. Y esto es obra de la fe. Cuando creemos, el perdón se convierte en propiedad nuestra.

El perdón divino es instantáneo y completo. Esto significa que somos perdonados en el momento en el que, arrepentidos, confesamos nuestros pecados. En la misma oración ya podemos agradecer el perdón. [9] Significa también que alcanza con pedir perdón una sola vez. Solo si el pecado es repetido necesitamos nuevamente confesar y suplicar por el perdón divino.

La solución para librarnos del temor con respecto a nuestro pasado, para librarnos de los pecados cometidos, es afirmarse en el perdón de Dios. Su promesa es: “Si confesamos nuestros pecados, Dios es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). A partir de allí, Dios nos considera como si nunca hubiéramos pecado (Miqueas 7:18, 19). Nuestros pecados ya no son tenidos en cuenta. Y si Dios, que es tan puro y santo, lo hace así, ¿por qué nosotros no adoptamos también esta postura? Necesitamos perdonarnos a nosotros mismos.

Son muchos los que temen el futuro, tienen miedo de los problemas y dificultades que eventualmente surgirán: problemas de salud, de índole familiar, financiero y tantos otros. Tratando este tema en uno de sus discursos, Jesús dijo: “Así, no os preocupéis por el día de mañana, que el día de mañana traerá su cuidado. Basta al día su afán”

---

[7] Tim LaHaye, *Temperamento controlado pelo Espírito*, 8ª ed. (San Pablo: Loyola, 1983), pp. 108-109.
[8] *Ibid*., p. 121.
[9] Elena G. de White, *El camino a Cristo*, (Tatuí: Casa Publicadora Brasileira, 1995), p. 51.

(Mateo 6:34). Debido a la presencia del pecado en nuestro mundo, nos encontramos cada día con el mal y, teniendo en cuenta que ya tenemos colmada nuestra cuota diaria de dificultades, no sirve de nada que agreguemos a los problemas de hoy los problemas de mañana. Esa es una forma segura de hacer cada día soportable. Cuando quedamos tan preocupados con respecto al futuro, dejamos de disfrutar las bendiciones de Dios en el presente. Dios nos da un día por vez y, con el, la ayuda que nos es necesaria. Necesitamos tener en mente que, así como Dios suple hoy nuestras necesidades y nos ayuda, cuando llegue el mañana, seguirá estando con nosotros, guiándonos y bendiciéndonos nuevamente.

El remedio para no temer el futura es el desarrollo de la confianza en el poder de Dios y en su amor para con nosotros. El salmista nos aconseja: "Encomienda al Señor tu camino, confía en Él y Él obrará… Descansa en el Señor, y espera con paciencia en Él" (Salmo 37:5, 7). Se nos insta a que entreguemos, confiemos, descansemos y esperemos. Necesitamos darle más espacio a Dios para que actúe en nuestra vida. Necesitamos permitir que Dios sea Dios. Cuando te veas tentado a tener temor del mañana, ¡ve hacia Dios! ¡Ora! Entrégale a Él tus preocupaciones. Entrégate y descansa. Confía. Aprende a esperar.

En otro salmo, hablando de su propia experiencia, David escribió: "Aunque ande en el valle sombrío de la muerte, no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo. Tu vara y tu cayado me infundirán aliento" (Salmo 23:4). Medita en estas palabras. La experiencia más sombría por la cual podemos pasar en este mundo es la de la muerte. Y presentimos su aparición, ya sea en nuestro caso o en las personas a quienes amamos, o comprobamos que se apoderó de alguno de nuestros seres queridos. Sin embargo, para el cristiano, aún esta situación extrema no genera temor. ¿Cuál es el secreto? La presencia de Dios y el consuelo que sólo Él puede brindar. Y si es verdad que la propia muerte no nos puede asombrar, es también verdad que las demás situaciones que puedan surgir tampoco lo podrán hacer.

Pidámosle a Dios esa paz y sigamos las orientaciones que Él nos da para que nos pertenezca.

Emilson dos Reis
Rector
Facultad de Teología – Univ. Adv. de San Pablo
Campus Engenheiro Coelho
Brasil



Traducción: Rolando D. Chuquimia

© RECURSOS ESCUELA SABÁTICA

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática